

¿Cómo Llegamos Aquí?

Byron Batz, Ph.D.

© 2026 Byron Batz. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este texto, su distribución, almacenamiento o transmisión por cualquier medio, sin la autorización previa y por escrito del autor.

¿Cómo Llegamos Aquí?

¿Cómo llegamos aquí?

La pregunta regresa como las olas de una marea.

Persistente.

Sin vergüenza por repetirse.

Cada vez que la formulamos, un coro de explicaciones se alza para recibirnos: historias, excusas, teorías, relatos. Sin embargo, la mayoría no son más que espejos que reflejan lo que ya creemos. Consuelan más de lo que aclaran.

Las respuestas más verdaderas, las que inquietan, las que desplazan el suelo bajo nuestros pies, rara vez llegan cuando las exigimos. Esperan en los lugares que evitamos mirar. Hablan en un lenguaje que aún no hemos aprendido a escuchar.

Lo peor es esto: no solo solemos llegar a respuestas equivocadas, sino que llegamos a las más simples. Nos aferramos a ellas porque nos libran de la complejidad, del trabajo lento e incómodo de ver con claridad. Una respuesta simple es un refugio construido demasiado rápido: mantiene fuera el viento, pero también bloquea el horizonte.

Así confundimos conveniencia con verdad, y llamamos claridad a lo que primero aquieta nuestra ansiedad. Las respuestas reales, las que exigen algo de nosotros, esperan pacientemente más allá de los muros que levantamos.

Cuando nos preguntamos, ¿Cómo llegamos aquí?, caemos fácilmente en la tentación de la reducción. Comprimos la complejidad de nuestro devenir en una sola circunstancia, una sola causa, una sola decisión.

Un único evento del pasado.

Un momento de nuestra historia se convierte en el chivo expiatorio de todo lo que siguió. De dónde estamos hoy. Es más sencillo así, creer que un solo acontecimiento explica todo el arco de nuestra llegada. Pero nuestras vidas no están moldeadas por momentos solitarios. Están moldeadas por convergencias, por innumerables fuerzas pequeñas que se mueven silenciosamente bajo la conciencia, por decisiones que apenas notamos que nos estaban formando.

Nombrar solo una causa es confundir la sombra con el cuerpo que la proyecta.

Muchos textos se han escrito para explicar nuestra condición financiera, relacional, política, emocional, mental o física. Disciplinas enteras se han construido sobre la

promesa de la explicación. Sin embargo, incluso estos esfuerzos, por rigurosos que parezcan, caen a menudo en la misma trampa: la seducción de la simplificación excesiva.

Buscan la variable única, el momento decisivo, el hilo narrativo limpio que haga inteligible el caos. Pero la vida humana resiste tal compresión. Nuestra condición no es producto de una sola fuerza, sino de muchas: historias entrelazadas, estructuras heredadas, decisiones olvidadas y la acumulación silenciosa de días que rara vez recordamos haber vivido.

Reducir todo eso a una sola causa no es análisis; es una forma de pensamiento ilusorio disfrazado de erudición. Reconozco que algunas decisiones o eventos de nuestro pasado tienen una fuerza enorme, puntos de inflexión que redirigen toda la trayectoria de una vida. Una sola elección, un solo encuentro, una sola ruptura puede enviarnos por un camino que jamás anticipamos.

Es cierto, un gran acontecimiento puede redirigir nuestro rumbo. Puede sacudirnos, obligarnos a un ajuste de cuentas. Pero nunca es toda la historia de cómo llegamos aquí. Un punto de inflexión es solo una estrella brillante en una vasta constelación de influencias. El evento dramático puede brillar más, pero no ilumina todo el cielo. Nuestras vidas no están moldeadas por una estrella, sino por el patrón completo que forman juntas.

También reconozco que algunas de las fuerzas que nos moldearon nunca estuvieron bajo nuestra elección. Algunos momentos llegan como el clima: repentinos, no solicitados, indiferentes a nuestra preparación. Una pérdida, una conmoción, un encuentro fortuito, una puerta que se abre o se cierra en el momento equivocado o correcto. Estos son los eventos que desvían una vida sin pedir permiso, las corrientes que nos arrastran hacia versiones de nosotros mismos que nunca planeamos ser.

Pero incluso al honrar estos puntos de inflexión, vale recordar que son la excepción, no la arquitectura. La mayor parte de lo que somos no está esculpido por interferencias cósmicas, sino por las decisiones silenciosas y persistentes que tomamos cuando nadie nos observó. El universo puede empujarnos, pero rara vez completa el viaje por nosotros.

¿Cómo llegamos aquí?

Por una inmensa acumulación de eventos, algunos moldeados por nuestras propias manos, otros entregados por las extrañas conspiraciones del universo. Nuestras vidas no son el producto de una sola causa, sino la conexión de innumerables momentos, deliberados y accidentales, enlazados en el tiempo hasta formar una vasta arquitectura de influencias detrás de nosotros. Cada paso, cada vacilación, cada accidente.

Cada decisión tomada.

Y cada decisión no tomada.

Cada patrón heredado y cada giro olvidado han contribuido al lugar donde ahora estamos. Fingir lo contrario es aplanar la riqueza de nuestro propio devenir. Nuestras vidas están guiadas por incontables ajustes casi imperceptibles, pequeños giros del volante que apenas recordamos haber hecho.

Algunos fueron deliberados, otros instintivos, muchos tan sutiles que pasaron completamente bajo nuestra conciencia. Sin embargo, cada una de estas pequeñas correcciones ejerció una fuerza sobre nuestra trayectoria. Individualmente parecían insignificantes; colectivamente moldearon el camino que ahora caminamos. Lo que en la memoria parece una línea recta fue, en verdad, una larga serie de recalibraciones silenciosas y continuas.

Entonces surge la pregunta: ¿Cómo cambiamos de dirección?

A veces el cambio llega mediante muchos pequeños ajustes deliberados, diminutas recalibraciones de hábito, atención o intención. Estos cambios son silenciosos, casi irrelevantes, pero con el tiempo se acumulan en una nueva trayectoria. Otras veces, el cambio llega violentamente, una colisión repentina con la realidad, una ruptura que nos obliga a abandonar el camino que creíamos seguir. Un golpe vital que no deja otra opción que girar.

Un cambio llega a través de la paciencia y la persistencia; el otro, a través del shock y la necesidad. Pero en ambos casos, la dirección no cambia por un solo momento, sino por cómo respondemos a ese momento y por los innumerables ajustes que siguen después.

En la atención sanitaria, en los mercados financieros, en las organizaciones, en las sociedades y hasta en el terreno íntimo de nuestras propias vidas, los sistemas que habitamos ya están en movimiento. Se desplazan con el peso de un impulso acumulado durante años, décadas o, en algunos casos, siglos. Como un tren enorme que avanza hacia su destino o hacia un desastre inevitable.

Una vez que un sistema está en movimiento, cambiar su dirección nunca es simple. Puede requerir incontables pequeñas correcciones, cambios sutiles en la práctica, la política o la percepción. Estos ajustes son lentos, a menudo invisibles, pero gradualmente doblan la trayectoria.

Otras veces, el cambio solo llega mediante la disrupción: un descarrilamiento, un choque, una colisión con la realidad lo suficientemente poderosa como para contrarrestar las fuerzas que pusieron la máquina en marcha. Ya sea por recalibración paciente o por impacto repentino, la dirección de un sistema solo se altera mediante fuerzas iguales o mayores que las que moldearon su camino original.

El impulso no es solo físico; es histórico, cultural, emocional y estructural. Redirigirlo es enfrentarse a todo lo que lo ha propelerado.

¿Es esto posible?

Solo si estamos dispuestos a comprometernos con uno de dos caminos. Podemos elegir el camino lento, la larga disciplina de pequeños ajustes sostenidos, el trabajo silencioso de redirigir el impulso grano a grano. Este camino exige paciencia, humildad y resistencia. Nos pide cambiar no mediante el espectáculo, sino mediante actos constantes, casi invisibles, de intención.

O podemos prepararnos para el impacto repentino, la ruptura que nos obliga a transformarnos. Un choque puede romper lo que necesitaba romperse, arrancar ilusiones y dejarnos de pie ante la verdad desnuda de nuestra condición. Si sobrevivimos, podemos emerger más fuertes, más sabios, más despiertos a las fuerzas que antes nos arrastraban ciegamente.

Ambos caminos son reales. Ambos requieren valor. Y ninguno garantiza facilidad. Pero el cambio se vuelve posible en el momento en que dejamos de fingir que el impulso por sí solo nos llevará a un lugar nuevo.

Un tercer camino es esperar, confiar, rezar, desear que alguna misericordia invisible reorganice nuestra vida por nosotros. Cerrar los ojos y esperar que al abrirlos todo esté bien. Hay cierta inocencia en esa postura, un anhelo de que el mundo cambie sin exigir nada de nosotros. Pero los milagros, cuando llegan, son regalos, no estrategias. Son demasiado raros para construir una vida sobre ellos.

La alternativa es más difícil, pero más verdadera: tomar nuestro destino en nuestras propias manos. Aceptar que, aunque el universo intervenga ocasionalmente, son nuestras decisiones, nuestro valor y nuestra disposición a actuar lo que moldea la mayor parte de nuestro devenir. Esperar puede calmarnos, pero solo la acción nos transforma.

Solo la acción tiene el poder de acercarnos a los seres que imaginamos. La visión puede iluminar el camino, pero es el movimiento, constante, incansable, valiente, lo que nos rehace. No llegamos a ser quienes queremos ser únicamente soñando; llegamos a ser lo que queremos cuando entramos en el mundo y permitimos que nuestras decisiones esculpan los contornos de quienes somos.

El cambio.